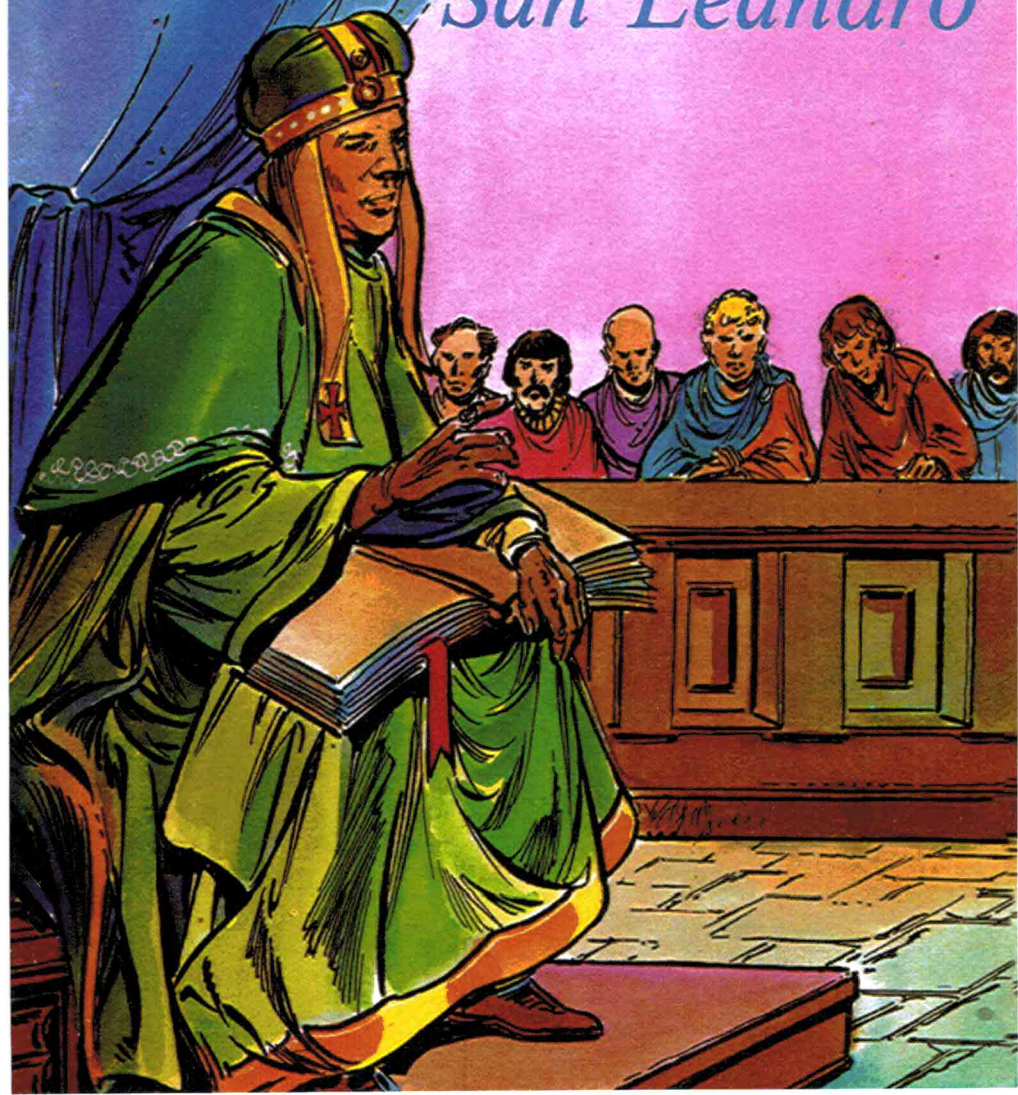


Vida de San Leandro



SAN LEANDRO

RAFAEL M.^a LÓPEZ-MELÚS, carmelita

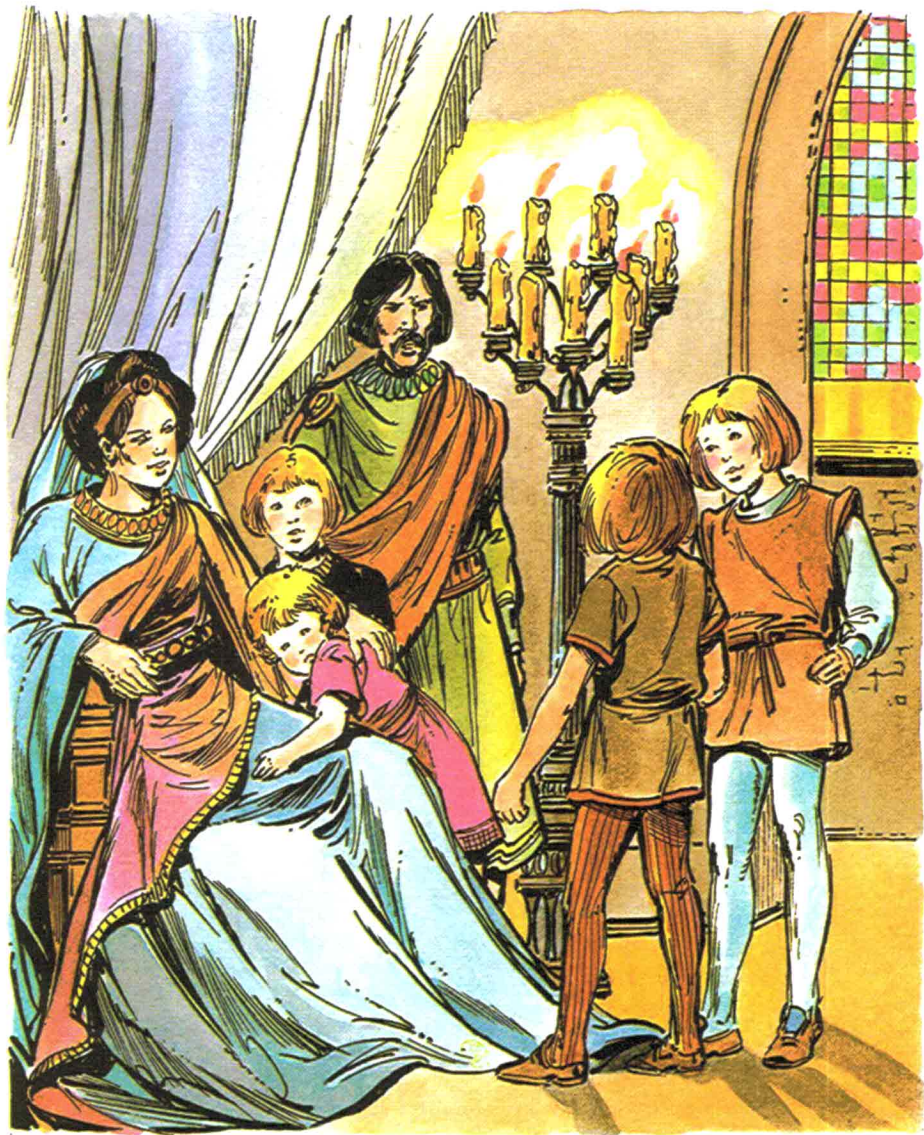
***Editorial* APOSTOLADO MARIANO**

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78 - www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-055-5 - Depósito legal: M. 28.626-1987

Impreso en España - *Printed in Spain* - Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)



Familia Santa

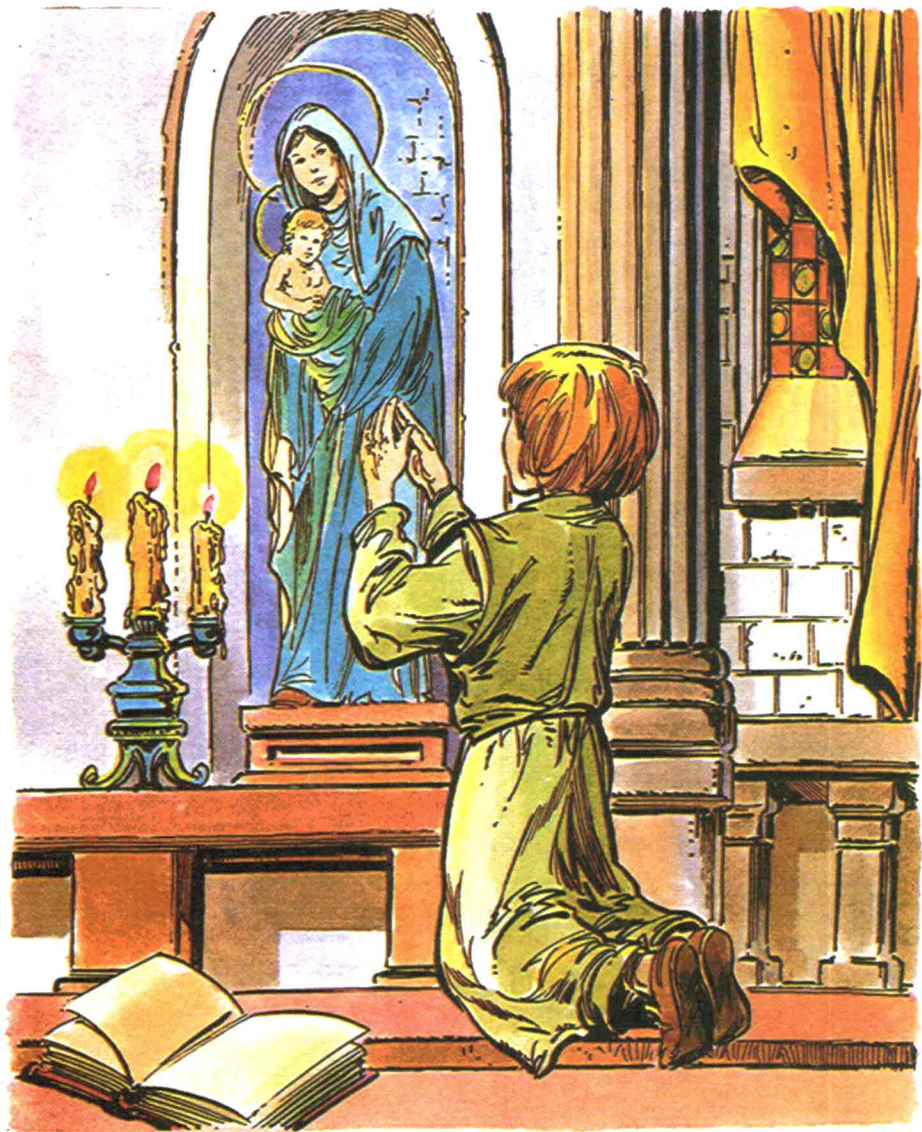
A lo largo de la historia se han dado casos parecidos al que ahora vamos a dedicar estas páginas tan bellas: Se trata de una vida encantadora que nos puede hacer gran bien a pequeños y grandes

Dios bendice generosamente a los que se dejan bendecir. Así lo hizo con la familia de San LEANDRO que les dio cuatro hermanos santos: San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, San Fulgencio Obispo de Ecija, Santa Florentina, Virgen y Madre Abadesa de muchas monjas, y nuestro gran San Leandro, al que con todo derecho se le puede llamar como el PADRE DE LA PATRIA, padre de nuestra España Católica ya que a él se debe en gran parte la fe que hemos heredado de nuestros mayores, que vivimos ahora y que hemos de trasladar a nuestros sucesores...

Aún hay quien añade a esta familia de santos, a su madre, era muy buena cristiana, a su hermana Teodosia que casó con el rey Leovigildo y que fue la madre de San Hermenegildo y del Rey Recaredo quien convertiría a toda España a la fe cristiana en su reinado...

Alguien ha comparado a Moisés como Caudillo de su pueblo Israel y a San Leandro como Caudillo de su pueblo de España. Lo cierto es que una cosa se ve clara estudiando su preciosa biografía, aunque no son demasiados los datos que han llegado hasta nosotros: El fue el gran apóstol de la fe en Jesucristo, el celoso propagador de esta doctrina evangélica y el acérrimo defensor contra toda clase de enemigos que intentaban mancillar esta fe: Apóstol pues y defensor de la más sana ortodoxia...

Los datos más sobresalientes que tenemos de él son que nació en Cartagena por el 530 de unos padres ricos y arrianos que pronto se vieron obligados a emigrar a Sevilla donde frecuentaría las escuelas de aquella ciudad y por cierto que con gran éxito, por lo menos por los frutos tan copiosos que han llegado hasta nosotros.



Forjando su espíritu

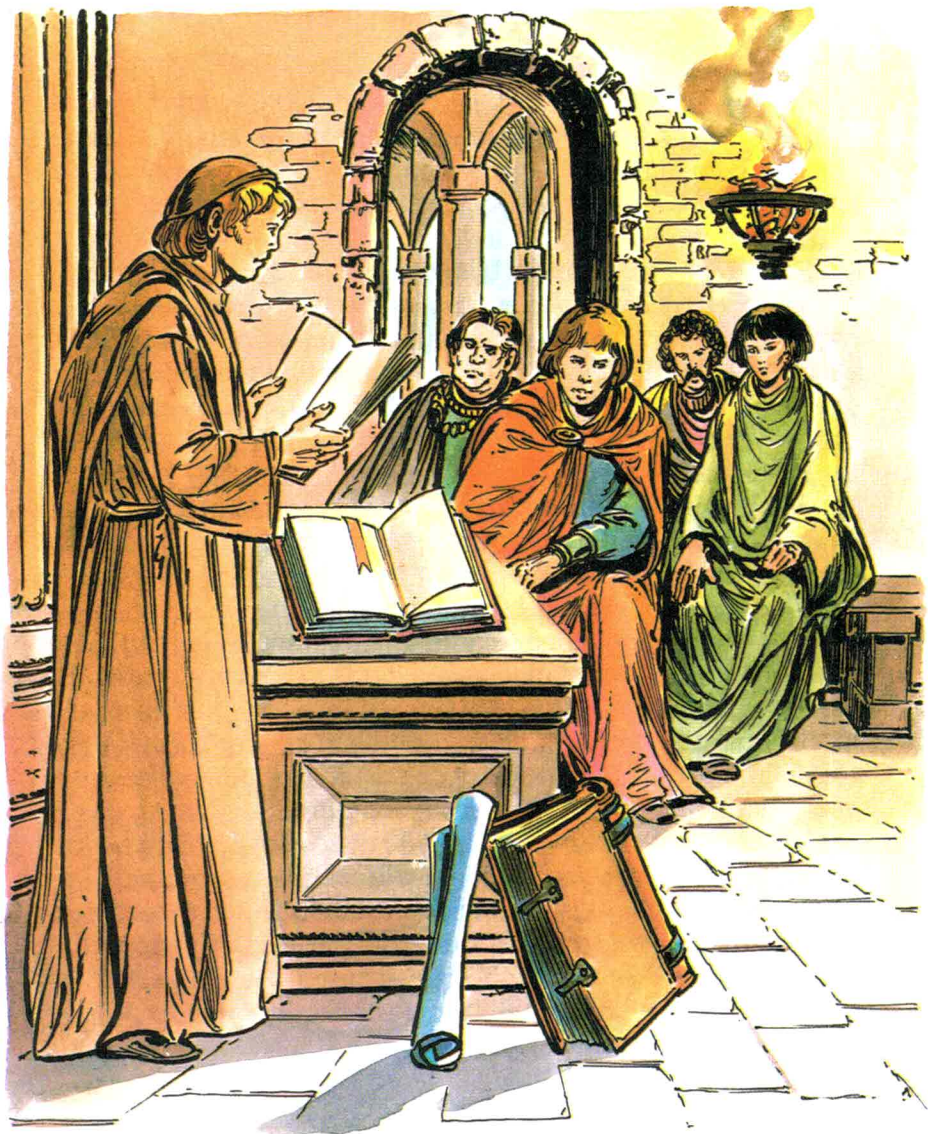
Dios entreteje de modo maravilloso nuestras vidas que de momento no llegamos a vislumbrar. Nosotros solemos ver un jeme delante de nuestros ojos mientras que el Señor ve todo el infinito...

Por el 544 el imperio bizantino se interna en España y ocupa todo el Lèvante español... el reino visigodo se ve obligado a replegar velas y las familias más ricas e influyentes marchan al exilio... El duque o virrey de Cartagena es un visigodo que se llama Severiano y su esposa Túrtura. Con todos los suyos se ven obligados a emigrar a Sevilla para estar seguros de los enemigos...

Allí encontró también la fe aún sin darse cuenta. Su madre fue una piadosa cristiana que llegó a enamorarse profundamente de la doctrina y persona de Jesucristo. Aun después su mismo hijo lo recordará:

«Muchas veces —dice Leandro— preguntaba yo a mi santa Madre si quería que volviésemos a nuestra patria, y ella, sabiendo que había salido de allí por voluntad de Dios decía y lo juraba, que no la volvería a ver y añadía llorando: “El destierro me hizo conocer a Dios, moriré desterrada; donde llegué al conocimiento de Dios, allí estará mi sepulcro”»...

Leandro, mientras, se entrega de lleno al estudio y a la oración. Tan versado fue en las ciencias literarias, teológicas y filosóficas de su tiempo que mereció justamente ser reconocido como una de las más grandes lumbreras del siglo VI que brillaron en España. Por fin viendo que el mundo no era para él ingresó en la Orden de San Benito para caminar más expeditamente por la vía de la perfección...



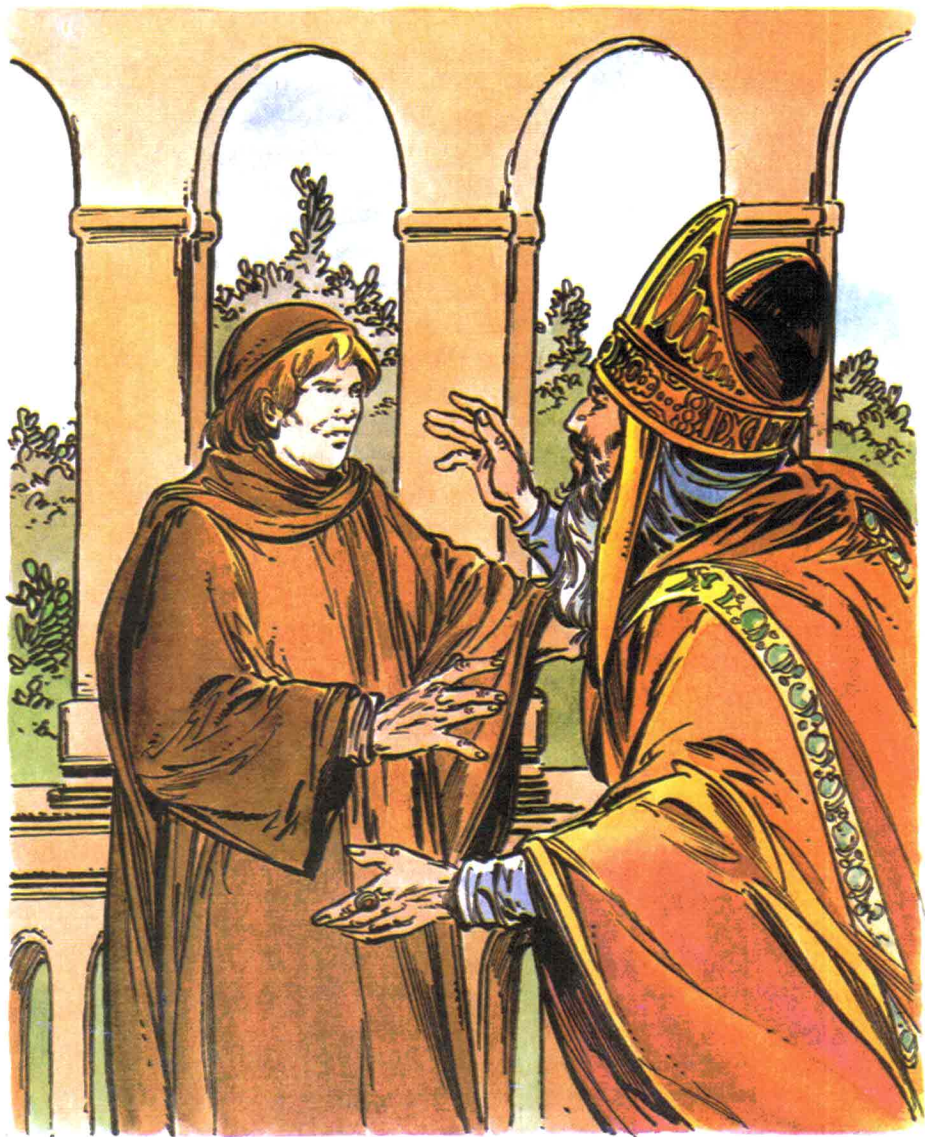
Maestro singular

Vivió varios años como monje benedictino entregado a la oración, al estudio y al trabajo tal como mandaba la Regla de San Benito... Pero viendo que era voluntad del Señor que ayudara a otros a formarse lo mejor posible en la doctrina cristiana en un tiempo que estaba tan expuesto a los errores... se decidió a fundar una ESCUELA que llegaría a ser famosa en España y su celebridad llegaría hasta nuestros días, sobre todo por los aventajados discípulos que en ella se formaron.

El rey de los visigodos era Leovigildo, hombre valiente, buen guerrero, pero un tanto rudo y acérrimo enemigo de los cristianos ya que él había sido educado en la religión o herejía arriana. A pesar de ello como había casado con Teodosia que era hermana de Leandro y de Isidoro, y había oído que Leandro había fundado una Escuela con gran provecho para cuantos estudiaban en ella vio un camino abierto enviando allí a sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo para que allí junto a su tío Leandro, recibieran una digna educación. Pero ya se preocupó bien su padre Leovigildo de que nada les dijera ni influyera lo más mínimo en ellos en cuanto a la fe cristiana se refiriera... Lo prometió Leandro y así trató de cumplirlo a rajatabla...

Allí sus dos sobrinos aprendieron juntamente con los hermanos menores de Leandro, Isidoro y Fulgencio, y la aristocracia sevillana, una sólida educación de aquel hombre culto, delicado, gran pedagogo... Les enseñaba las ciencias, las artes y la literatura... A los que lo deseaban también la fe cristiana. A sus sobrinos nada decía de esto pero ellos quedaban cautivados de la bondad y de las virtudes humanas que vivía y enseñaba su tío Leandro...

La semilla ya estaba echada aunque tardará algo en dar fruto... Terminada la formación volvieron a Toledo, sede del palacio de su padre Leovigildo...



El poder de la amistad

La amistad es un don, es un regalo. Un buen amigo es un tesoro. En las vidas de los Santos se han dado siempre maravillosos ejemplos de esta verdadera y auténtica amistad...

San Leandro tuvo la dicha de dar con un amigo estupendo gracias al cual sabemos casi todo cuanto ha llegado hasta nosotros de este gran arzobispo de Sevilla y gran apóstol de la fe en nuestra España...

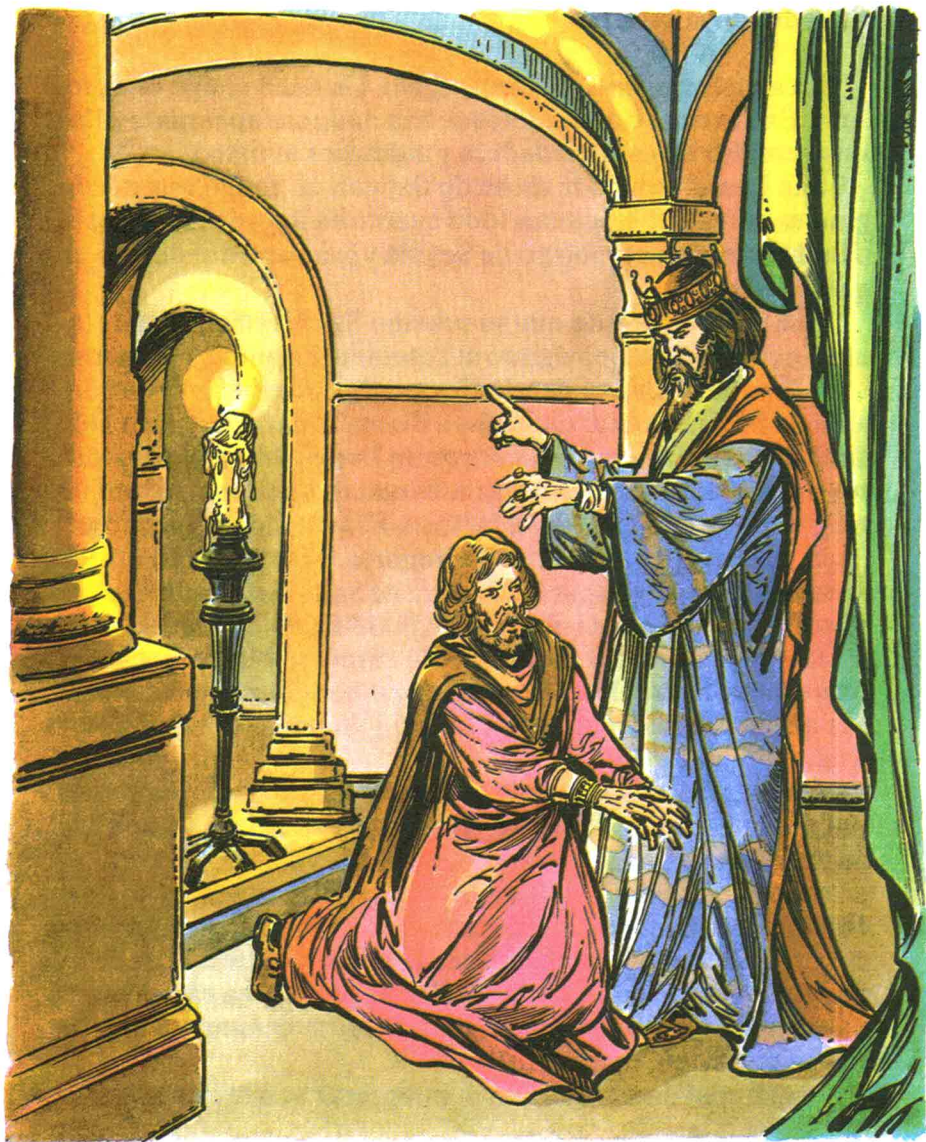
Fue con ocasión de que su sobrino San Hermenegildo atacado por su padre Leovigildo al enterarse de que se había convertido al catolicismo siendo Hermenegildo el vicerrey en Sevilla, su tío San Leandro marchó a Bizancio para obtener ayuda de aquellas tierras para luchar contra Leovigildo y los seguidores del arrianismo... Al llegar a Bizancio se encontró con un gran hombre que allí ya era famoso. Era un monje, legado del Papa Pelagio II y se llamaba Gregorio. Más tarde este gran hombre llegará a ocupar la Cátedra de San Pedro en Roma y la historia nos lo recordará como SAN GREGORIO MAGNO...

Los dos eran muy parecidos de carácter y los dos a la vez muy santos. Entre ellos se trabó una gran amistad algo parecida a la que la Biblia cuenta entre David y Jonatán, el hijo del Rey Saúl.

Cuando ya sea Pontífice Gregorio escribirá un precioso tratado que titulará **Libro de Morales o Comentario a Job** y lo dedicará a su gran amigo arzobispo de Sevilla Leandro.

Al principio del Pontificado de Gregorio se realizó la gran obra de la Conversión al cristianismo de toda España por obra del rey Recaredo pero que se debía en gran parte a Leandro... Gregorio se apresurará a enviarle una magnífica carta que es todo un modelo de humildad y en la que le demuestra el gran afecto que siente hacia él...

—«Mis palabras no aciertan a expresar lo que siente mi corazón hacia ti...



La trampa de un mal padre

Las enseñanzas que Hermenegildo y Recaredo habían recibido de labios de su tío Leandro durante los años pasados a su lado en Sevilla, y, sobre todo, los buenos ejemplos que de él habían recibido, no los olvidaron jamás...

Vueltos a la sede de Toledo, al lado de su padre Leovigildo y de su madrastra —pues su santa madre Teodosia ya había muerto— Gosvinda, las cosas empezaron a no ir del todo bien, sobre todo cuando el mayor de los hijos Hermenegildo tomó matrimonio porque ya su edad se lo requería.

Lo hizo con una joven que era una maravilla: **Ingunda**, cristiana convencida y una niña de corta edad...

Como la madrastra —que por otra parte era abuela de la esposa de Hermenegildo—, la esposa de Leovigildo, Gosvinda, empezó una táctica guerra contra la niña Ingunda porque no quería abrazar por nada del mundo la herejía arriana... Para que hubiera paz Leovigildo nombró a su hijo Hermenegildo virrey de Sevilla y a allá partieron el joven matrimonio formado por Hermenegildo e Ingunda... Fueron felices... pero al convertirse Hermenegildo a la fe cristiana por obra de su esposa y renaciendo la semilla que en su corazón sembrara su tío San Leandro... su padre declaró la guerra a Hermenegildo... Fue entonces cuando San Leandro marchó a Bizancio para obtener ayuda militar de aquel rey cristiano, Mauricio, y cuando encontró a San Gregorio Magno...

Perdió la guerra Hermenegildo y su padre le puso la trampa por medio de su mismo hermano Recaredo de que le perdonaría si se entregaba. Así lo hizo y después ya conocemos la historia: Hermenegildo corrió a echarse a los pies de su padre. Este le llevó a las cárceles de Valencia y de Tarragona donde por no querer abjurar del cristianismo y volver a abrazar la herejía del arrianismo murió mártir de la fe asesinado por orden de su mismo padre Leovigildo...



Destierro de Leandro

El monje Leandro, muy entregado a sus oraciones y al estudio que tanto le encantaba en aquellos conventos o abadías benedictinas se sentía feliz, el hombre más feliz del mundo... Pero una fuerza especial bullía en su alma de que debía ponerse en las manos del Señor para ayudar en aquellos días cruciales a cimentar la fe en Jesucristo y la defensa de la ortodoxia entre sus hermanos que iban muy pronto a verse atacados duramente por su mismo cuñado el rey Leovigildo...

Conocidas las enormes cualidades de santidad y ciencia que le adornaban, al quedar vacante la sede Arzobispal de Sevilla tanto el clero de aquella Sede como el pueblo al que entonces se le oía también, fue elegido unánimemente como arzobispo de Sevilla.

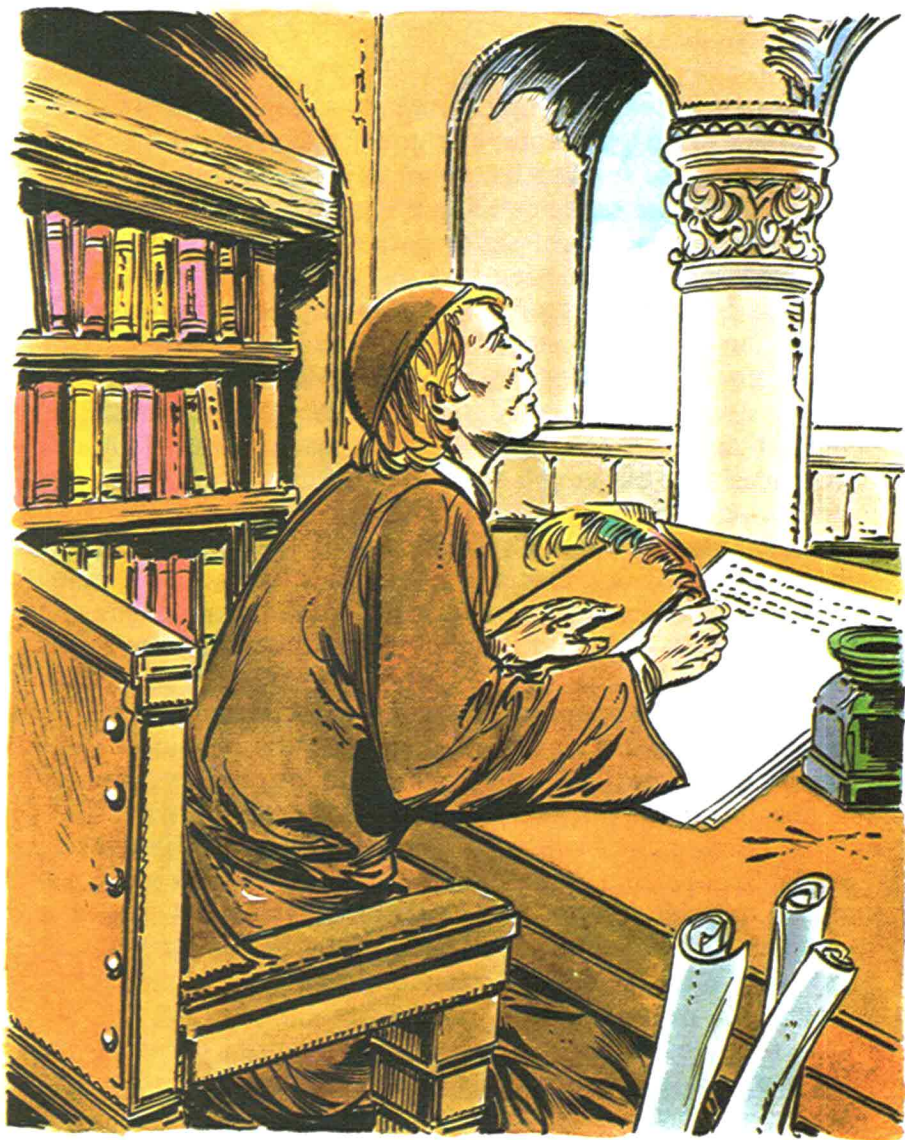
Era el año 579. Había sonado la hora para él. Le esperaban muy duros desvelos y muy terribles luchas pero estaba dispuesto a superarlas todas porque confiaba en la ayuda de la Divina Providencia que nunca falta a quien se pone en sus manos

Dos cosas se propuso: Extender la doctrina de Jesucristo con todas sus fuerzas para aumentar los seguidores del Maestro y liberar la fe ya extendida de los errores que a veces se infiltraban por el contacto con los herejes arrianos.

No escatimó sacrificio para conseguir ambos objetivos...

El Señor había dicho que «los que quisieran seguirle padecerían persecuciones por causa de la justicia...» Y añadió «que eran bienaventurados aquellos que fueran perseguidos por su nombre...» Y quien quisiera seguirle a El debía seguir sus huellas de persecución y muerte...»

Pronto le llegaría el «destierro» a Leandro a causa de este seguimiento de Jesucristo y por obra de quien menos lo podía esperar: Leovigildo, su cuñado...



No para...

Al enterarse Leovigildo que su tío había apoyado la causa del levantamiento en armas de su hijo Hermenegildo contra él y que había sido también causa de su conversión al cristianismo desterró a su cuñado de la Sede de Sevilla.

Desde entonces se desencadenó una titánica persecución contra los cristianos. Estos al verse sin pastor era lógico que muchos volvieran por miedo a las redes del arrianismo...

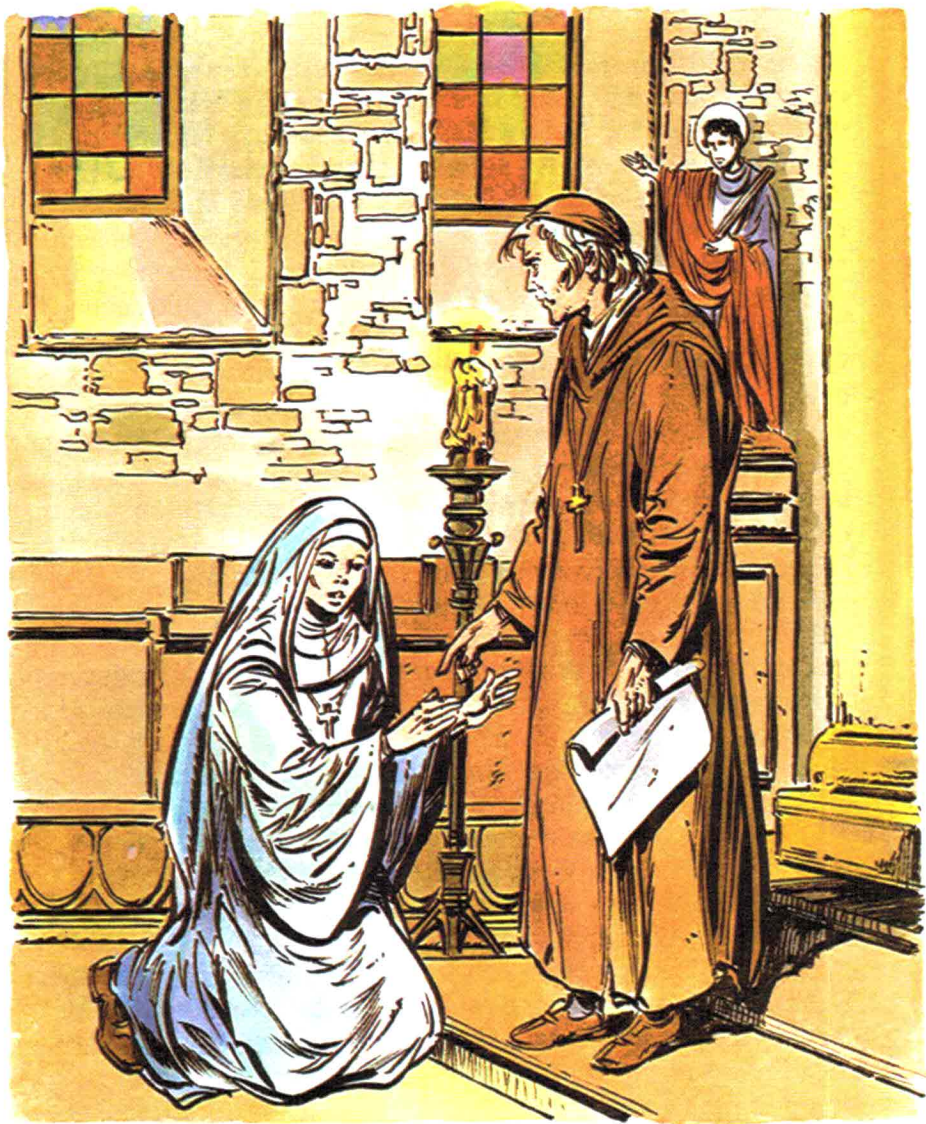
Mientras San Leandro y San Fulgencio que estaban en el desierto, y ya el joven Isidoro a su modo también alentaban a los cristianos con sus maravillosas Cartas y otros escritos que les hacían llegar clandestinamente...

Leandro no se daba tregua: Alentaba, formaba círculos, oraba mucho al Señor y a la Virgen María en favor de su patria tan diabólicamente perseguida... y, sobre todo, usaba el único medio, la única arma que podía ahora emplear y que él sabía que era sumamente eficaz: La pluma. Escribió dos tratados durante estos días que eran y siguen siendo una maravilla:

Se trataba de dos tratados contra los arrianos para desmascarar sus errores y para que los cristianos no se dejaran caer en sus trampas. En ellos, con gran amor paternal, les abría los brazos para que volvieran a la religión católica los que se hubieran alejado de ella por debilidad...

Leandro se cartea también con su gran amigo Gregorio a quien aconseja en su nuevo cargo, y ayuda así en el gobierno de la misma Iglesia... En una de estas hermosas cartas que el Papa Gregorio envió a Leandro le decía:

«Recibí vuestra carta escrita con la pluma de la caridad. Del corazón tomó la lengua lo que escribió con la pluma. Estaban presentes cuando se leyó vuestra carta algunos varones buenos y sabios y comenzaron luego a enternecerse y compungirse en sólo oírla leer y cada uno amor y afección os ponía en su corazón...»



Consejos de ayer que valen para hoy. Consejos de hermano a hermana y de padre a hijo que podemos ser tú y yo...

Leandro tenía una hermana y por lo tanto ella también fue abadesa de un monasterio y por lo tanto ella también monja como Leandro... Se llamó Santa Florentina. Para ayudarla en el camino de la santidad le escribió un precioso tratado de vida espiritual que tituló: **Institución de las vírgenes y desprecio del mundo**. Este fue el fruto de una fraternal conversación que tuvieron un día:

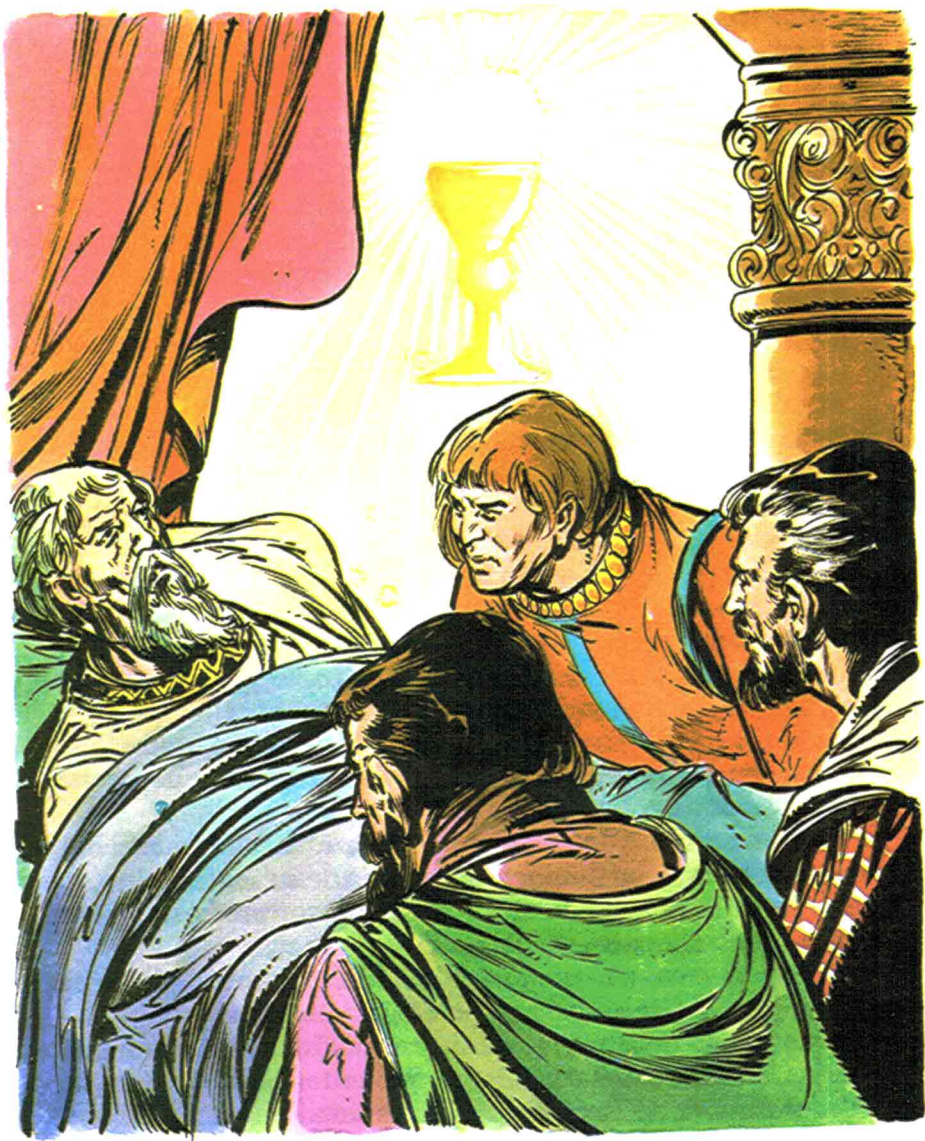
—Querido hermano Leandro, el Señor ha sido muy generoso contigo y te ha dotado de mucha ciencia y de no poca virtud. Yo carezco de ambas cosas y por ello acudo a ti en demanda de ayuda para tu hermana.

—Mira queridísima hermana Florentina, veo ahora mismo lo ignorante que eres ya que lo que acabas de decir no coincide con la verdad. Tú eres mucho más sabia y santa que yo porque tu estás escondida en esta morada sin recibir aplausos ni elogios de los hombres que a veces tanto daño nos pueden hacer.

—Bueno, puede ser eso cierto, pero yo quisiera que me dejaras alguna herencia que no fuera terrena. Que me dieras algunos sabios y prudentes consejos para que yo, tratando de llevarlos a la práctica pudiera arribar a la más alta perfección que es a lo que aspiro...

Entonces su santo y sabio hermano Leandro haciendo juego, con un gran humor, del nombre de su santa madre que se llamó Túrta, tórtola, le escribió este precioso tratado sobre el camino de perfección. En él le decía:

«No quieras irte del tejado en donde la tórtola tiene sus pequeñuelos. Eres hija de la inocencia, del candor, tú, precisamente que tuviste a la tórtola por madre. Pero ama mucho más a la Iglesia, tórtola mística que todos los días te engendra para Cristo. Descanse tu ancianidad en su seno, como antaño descansabas y tu ardor mecías en el regazo de la que cuidó tu infancia...»



Leovigildo y Recaredo

Leandro también tuvo días de gran felicidad. No todo había de ser lucha y tristeza. El Señor suele entretener la vida de sus fieles servidores entre días de gozo y de pena, de lucha y de victoria...

Gran alegría por la felicidad de todos sus hermanos que los veía entregados en cuerpo y alma al Señor: Los dos sacerdotes y obispos como él: Fulgencio e Isidoro... y a su tan idolatrada hermana a la que tanto amaba... entregada al Señor en la vida religiosa. Le decía en una de estas efusiones de afecto fraternal:

«¡Ah! hermana mía querida: comprende si puedes el ardiente deseo que inflama el corazón de tu hermano al verte unida a Cristo. Tú eres lo mejor de mí mismo... ¡Desgraciado de mí si otro pretendiere desposeerte de tu corona! Tú eres delante de Cristo mi baluarte, tú mi prenda querida, mi hostia santa por la que he de merecer salir del abismo de mis pecados!»...

¿Verdad que maravilla tanto amor fraternal y tanta entrega a Dios?

Pues aún habían de llegarle otras alegrías después de aquel enorme dolor que le causó la muerte de su sobrino martirizado por su propio padre el rey Leovigildo y por la terrible persecución que este mismo desencadenó contra los cristianos...

Sería la gran alegría que le proporcionaría su mismo cuñado que, tocado en su corazón, antes de morir mandó llamar a Leandro y le dijo en el lecho de muerte:

«Mirad, hermano y padre mío: He obrado mal, lo reconozco, pero ahora ya no hay remedio más que en esto. Dejo mi reino en manos de mi hijo Recaredo. Sé que vos lo amáis y os ruego que veléis sobre él. Que él siga vuestros consejos...»

Poco después siendo ya rey de los visigodos Recaredo daba la inmensa alegría a su tío Leandro de convertirse él y toda España visigoda a la fe de Jesucristo...



San Leandro en el Concilio de Toledo

La Iglesia de Toledo pesó mucho desde estas fechas en la Historia de la Iglesia. Célebres serán, sobre todo, los Concilios que en ella se celebrarán y muy importantes las leyes que se dictarán en aquella Iglesia que tendrán repercusión en toda la Iglesia...

Concilio Ecuménico es el nombrado por el Papa o por lo menos aprobado por él y en el que tiene participación toda la Iglesia. Lo demás son Concilios nacionales o regionales... El de Toledo, a pesar de ser regional o nacional fue siempre muy importante ya antes de que fuera ocupada esta Sede por los Obispos del tiempo de San Leandro.

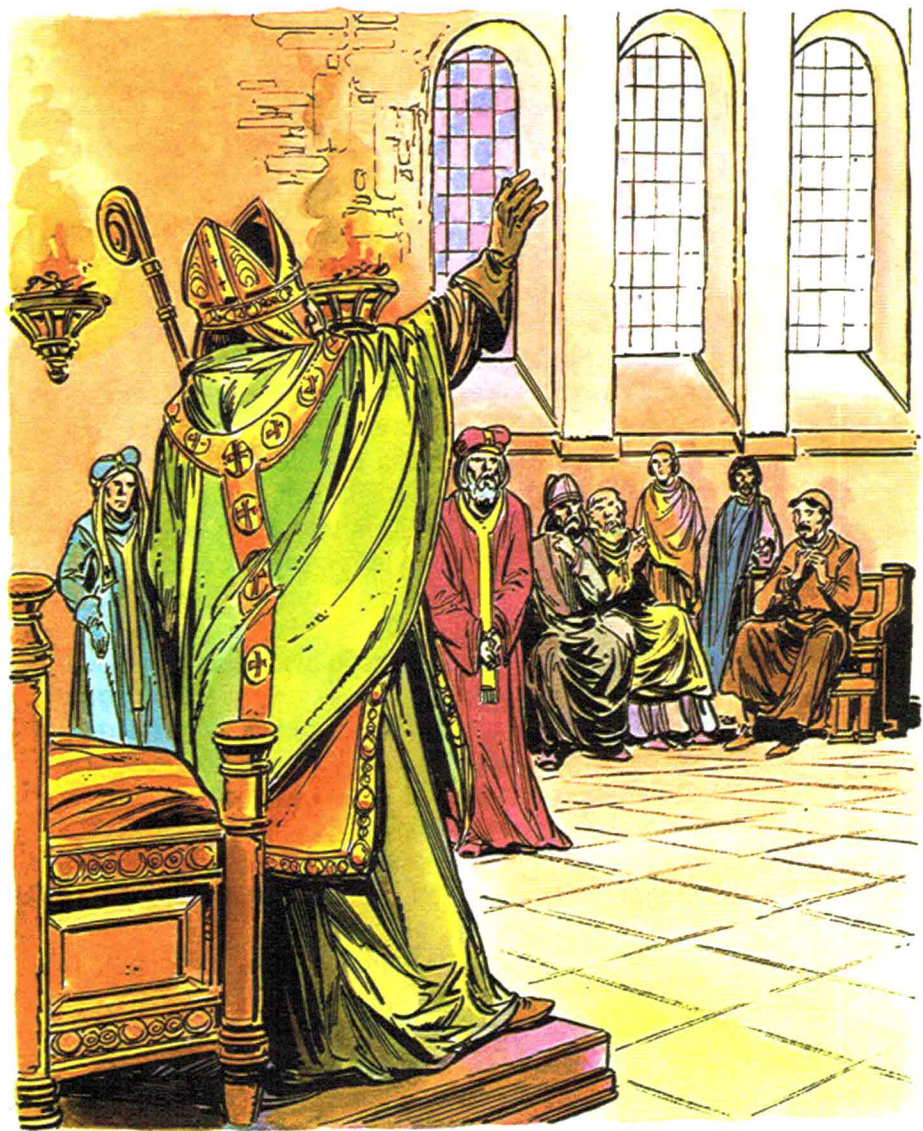
En el Concilio 3.º de Toledo, convocado por Recaredo para afianzar la fe en toda España y al que fueron convocados todos los Obispos de la España católica, tuvo un papel de primer orden el Arzobispo de Sevilla San Leandro..

El rey Recaredo una vez reunidos todos los obispos les habló con autoridad y les dijo poco más o menos esto:

«Os he convocado en asamblea para que deliberéis y determinéis lo que conviene hacer para que la verdadera fe de Jesucristo por la que ha muerto mi santo hermano y predecesor Hermenegildo sea verdaderamente la religión del estado y de toda la nación... Para que sepáis acertar en vuestras deliberaciones entregaos a la oración, a la vigilia y al ayuno. Pasad tres días de vigilia y penitencia y después, obteniendo el auxilio divino, podréis entregaros con verdadera eficacia a los grandes problemas que tiene planteados en nuestra nación la fe cristiana... a la que estoy dispuesto a apoyar y defender con todas mis fuerzas...»

Hecho este exhorto pasó el rey a hacerles muestras de lo que era su Profesión de fe, que es fácil se la escribiera su mismo tío y preceptor de antaño, San Leandro, que recogía todas las verdades principales de la fe cristiana y dijo:

«Yo Recaredo, rey, firmo con mi mano derecha esta santa fe... que yo tengo en mi corazón y confieso con mi boca...»



La emoción de San Leandro

Al Acto de fe que leyó y firmó el rey Recaredo se sumó el de la reina consorte Bada, añadiendo estas palabras:

«Yo Bada, gloriosa reina, he firmado de mi mano, con todo mi corazón, esta fe que he recibido y profesado...»

A la lectura de estas Actas siguieron los 23 anatemas que los Padres Conciliares lanzaron contra las herejías que había extendido el heresiarca Arrio por toda España y en otras muchas otras partes del mundo... Este proceso y actas fueron asimismo firmados en primer lugar por el rey Recaredo y la reina Bada y después por todos los Obispos que tomaron parte en este célebre Concilio.

Ante tan grandioso acontecimiento que más bien parecía ser todo un milagro de la Gracia Divina ya que en tan pocos años se había pasado de la persecución más furibunda a la fe más creyente y a la entrega más total a la causa de Jesucristo... el principal promotor de todo esto que no era otro que el Obispo de Sevilla San Leandro... saltó de gozo y no pudiendo contener por más tiempo su entusiasmo dijo a todos los allí presentes estas palabras que aún ahora, después de tantos siglos de distancia nos emocionan grandemente:

«Nuestros perseguidores de antaño han llegado a ser con su conversión, nuestra corona. Levántate con alegría, salta de júbilo, ¡oh Iglesia de Dios! y entona himnos de gratitud. Levántate en el esplendor de tu unidad, ¡oh Cuerpo místico de Cristo!...»

«No llores más la muerte de tus hijos inmolados, que en su lugar te nacen cientos de miles. Aquellos fueron la simiente. Estos el fruto». Y con visión profética anunció:

«Lo que hoy pasa entre nosotros se realizará en todo el universo. El mundo entero está hecho para creer en Cristo y para vivir la unidad de la Iglesia Católica... Día llegará en el que todos los que aún viven en apartadas regiones... se conviertan a Cristo el Señor...»

Ahora, Señor, puedes dejar a tu hijo irse en paz

Sí, al igual que el anciano Simeón al ver con su ojos al Salvador del mundo, podía decir Leandro porque había presenciado la conversión de todo su pueblo al verdadero Dios:

«Ahora, Señor, ya puedo ir a descansar de mis fatigas, ya puedes dejar, Señor, irse en paz a tu siervo...».

Según la tradición el Papa San Gregorio envió a su amigo la imagen de la Virgen de Guadalupe que se venera en su Santuario de Cáceres y que se dice pintada por San Lucas... Lo cierto es que ahora ya veía cumplidos todos sus deseos y ya nada le ligaba a este mundo. Sus fuerza físicas también empezaron a flaquear pues habían sido muy rudos los golpes que había recibido a lo largo de su existencia...

La doble finalidad que se había propuesto... estaba cumplida: Convertir a todos a Cristo y guardar la más fina ortodoxia en la fe y costumbres...

Los últimos años de su vida aumentó todavía más su entrega a la oración y a la vida de mortificación. Gozaba en la lectura de las Sagradas Escrituras que trataba de profundizar en su sentido y de las que nos dejó preciosos comentarios...

Tenía ya ochenta años cuando el Señor le llamó.

Fue el 27 de febrero del año 603. Los ángeles saldrían gozosos a esperar su alma a la llegada al cielo...

Pronto empezó el culto en su honor... Un breviario antiguo resumía así su preciosa vida:

«Ganó para España un nombre ilustre; fue hombre lleno del santo temor de Dios, de prudencia consumada, pródigo en sus limosnas, equitativo en sus juicios. Fue un obispo sobrio en sus sentencias, asiduo a la oración, defensor benemérito de todas las Iglesias...»

España perdió un gran amante y la Iglesia ganó un eloquente y decidido defensor de sus derechos...



9 788477 700555